



¿ REALISMO MÁGICO EN ORHAN PAMUK? Un *déjà vu* en la obra del Nobel Pamuk

Por Lucía Rojas de Perdomo. Antropóloga de la Universidad de los Andes, con estudios de doctorado en Filosofía y Letras e Historia de la Universidad Javeriana. Ex directora del Museo Nacional de Colombia, Consultora en Arte y Antropología. Nominada a Visiting Scholar de la Universidad de Harvard, autora de numerosos libros y artículos sobre sus especialidades.
Público general. Fecha: 09.05.07

El Premio Nobel de Literatura 2006 Orhan Pamuk nació en Estambul, Turquía, en 1952. Es sin duda, uno de los grandes escritores posmodernos por su creatividad, imaginación, estilo narrativo, y sobre todo, por retratar en su obra literaria la cultura propia en distintas épocas y desde diferentes perspectivas. En esta vía ha producido más de media docena de novelas merecedoras de honrosas distinciones internacionales, a manera de prolegómeno al reconocimiento máximo de la Academia Sueca. Su terso nacionalismo, apego a su cultura, y la implacable postura crítica frente a los errores históricos (genocidio de armenios y kurdos), así como su frecuente alusión a Occidente que compara con Turquía republicana, le ha merecido el tratamiento de "turco-occidentalizado" por sus coterráneos y sufrir encarcelamiento y exilio político por su posición en favor de los derechos humanos, temas que novela en particular en *Nieve* y con menor intensidad en *La Casa del Silencio*.

El presente ensayo pretende abordar una sucinta aproximación a buena parte de la obra del Nobel turco desde lo antropológico y artístico, permeada con lo filosófico, la historia y las letras, debido a que el arte en todas sus expresiones constituye una manifestación cultural de la mayor importancia. Debo sin embargo advertir que siguiendo el planteamiento del Nobel colombiano, me refiero al *qué* de las obras para ilustrar mis reflexiones antropológicas-artísticas dejando el *cómo* a cada quien emprenda la grata lectura de Pamuk.

RESEÑA DE ALGUNAS OBRAS

La Casa del Silencio. En realidad tiene una estructura algo lineal, con excesiva presencia de una anciana aristócrata, decadente viuda de un marido escritor y libre pensador; amargada y desagradable, que hostiliza al enano-hijastro-sirviente, como la madrastra típica de los cuentos de hadas, -no faltan los enanos a manera de seres extraños en Pamuk- con nietos sin mayor encanto en su protagonismo; la nieta débil simpatizante de la ideología comunista y termina víctima de lo absurdo. Por otra parte, es típico el *modus operandi* de jóvenes activistas políticos a vez que pobres, excluidos y con amores fallidos. La novela se centra en los avatares políticos del siglo XX, relevando la diferenciación de clases que era el ideal abolir. No ofrece mayores tensiones, ni originalidad en el tratamiento temático, los capítulos sin nombre, están separados con números arábigos, todo y nada ocurre dentro del viejo y silencioso caserón cargado de recuerdos odiosos y de olores a vejez.

Me llamo Rojo. Narra la maravillosa impronta artística de los invasores persas que se prolongó por siglos en talleres de ilustradores y calígrafos durante el esplendor y decadencia del Imperio Otomano (1453-1923), tema del libro con exuberante, creatividad, ficción, suspenso y cuidadoso tratamiento histórico. Novela que cautiva al lector en capítulos cortos que permiten su rápido avance, regocijo y sobresalto. Trata sobre el arte y el conflicto de los maestros ilustradores de libros de la época, de los sultanes iniciada en el siglo XIV, y la discusión religiosa que dispara la acción de la novela.

Los personajes nombrados con simpáticos alias, se presentan a sí mismos reflexionando y filosofando en impactantes monólogos interiores y de tensión psicológica. Tal técnica narrativa logra hacer más cercano el nexo del lector con cada uno de los protagonistas, a cual más rutilante, pleno de pasiones y debilidades humanas en cada una de sus salidas a escena.

En *Me llamo Rojo*, se rastrea la herencia de la tortura desde remotos siglos cuando era práctica corriente del poder, igual que la autotortura de los artistas ilustradores (cegarse), maneras poco ortodoxas de hacer justicia o de mutilarse para no cambiar las tradiciones. Práctica que no he constatado si es ficción del autor o realidad que parece ficción.

Nieve. Estupenda novela con tema político-islamista y complejas historias de amor de la mejor factura literaria. Contiene todos los ingredientes de la gran narrativa, tratados con enorme creatividad, imaginación, suspenso y eclecticismo al tomar en su justa medida, elementos de distintas corrientes artísticas y culturales. Todo enmarcado con el siempre presente arte y la cultura turca. Con protagonistas de gran caracterización en su devenir, social, familiar, cultural y prácticas de gobierno propias del subdesarrollo tanto cultural como intelectual.

Estambul. Trata las memorias del autor desde niño hasta adulto, cuando se decidió por la escritura creativa. Su aguda percepción y naturaleza artística presentes en la obra le permitieron novelar su cultura bajo la perspectiva artística en su obra narrativa. A pesar de provenir de una familia adinerada de alta clase social, vivió un proceso de empobrecimiento progresivo, que lo marcó gracias a que los herederos de la fortuna del abuelo "se esmeraron en dilapidar con malos negocios que empezaban y luego hundían". Sin embargo. El joven Pamuk tuvo una esmerada educación escolar y universitaria que influyó en su método de escritura, por lo cual la biografía tiene perfil antropológico, al literalmente diseccionar-analizar la cultura turca en narración de capítulos cortos, aunque algo aburridos de su natal Estambul en su novela, *Estambul*.

La autobiografía de corte analítico-descriptivo, por lo mismo, carente de los talentosos ingredientes narrativos de sus premiadas novelas, puede -y de hecho he oído tales comentarios- parecer algo aburrida, libro etnológico para el lector no etnólogo o antropólogo. Y, peor aún, al no leer al menos otra de sus obras,- como suele ser lo indicado para tener una visión mayor de un autor y su obra- se quedará con la melancolía del Pamuk humano, sin disfrutar la magistral narrativa, creatividad y talento, del Premio Nobel de Literatura, si bien hay que reconocer que lo realmente impactante de la obra es el final cuando se dijo: "No voy a ser pintor-. Seré escritor"

Cabe preguntar si después de semejante descripción de gentes y ciudades, olores fastidiosos, casas y edificios derruidos, ruinas antiguas subvaloradas, gente acomplejada ante la cultura Occidental; con activistas políticos de distintas ideologías, y por contera que sufre de melancolía, con ciudades invadidas por manadas de perros callejeros sin amo, ni control, ¿Alguien querrá ir de turismo a Estambul? (Istanbul, su nombre actual).

LA OBRA DE PAMUK DESDE LO ARTÍSTICO Y CULTURAL

En las cuatro obras consideradas se aprecian con nitidez dos ejes temáticos omnipresentes: el arte en diferentes expresiones y la cultura turca desde sus remotas raíces que se hunden en la antigua e invasora Persia, el Imperio otomano y la actual República de Turquía, temporalidad que abarca apenas una parte de la larga historia de este país que, es probable el

escritor la continúe novelando. Ejes estructurales que Pamuk emplea con evidente talento narrativo y esmerado cultivo intelectual -estudió Arquitectura y Periodismo en universidades de Estambul y Norteamérica- en la construcción de tramas mezcla de ficción, imaginación, y realidad cultural con serio trasfondo histórico. Y, con ojo de etnólogo purista disecciona hasta el cansancio, los rasgos que le producen felicidad, angustia o desazón. Base estructural del tejido de historias de enorme tensión psicológica y rápida acción en donde interactúan amor y conflicto, egoísmo y solidaridad, vida y muerte, horror y placidez, escenificadas con velocidad de vértigo.

El arte en Pamuk ha formado parte de su ser y sentir desde niño, cuando pintaba con verdadera fruición temas de su Estambul natal en especial el Bósforo, hermoso lugar de permanente recuerdo. La acción de pintar en la niñez constituía su pasaporte a la felicidad, el medio de encontrarse consigo mismo, y el vehículo para tratar de entender su mundo circundante. Ya en la etapa juvenil la pintura le produjo cierta incertidumbre, y fue cuando en contundente decisión optó por cambiarla por otra clase de arte, la escritura creativa, sin duda su mejor elección de vida, sin renunciar a la multidimensionalidad del arte siempre presente en sus novelas. Interesante proceso de búsqueda y encuentro que describe en detalle en *Estambul*, su autobiografía (pp. 172-176).

En esta dirección, emplea a discreción los colores para expresar tanto lo trágico y lo negativo, como lo deslumbrante; usándolos a manera de adjetivos artísticos para caracterizar personas, objetos, lugares y emociones. Es el caso del rojo, protagónico y por contera antropomorfizado color, que titula el libro *Me llamo Rojo*, como rojo es el color del dramático grito del asesinato, roja es la presencia de la divinidad islámica, el color rojo en la frente detiene el envejecimiento (p. 157), roja es la fina seda de los trajes femeninos especiales, y en el Salón del Tesoro del sultán predomina tal color en telas, tapices, cojines, muebles, y en la rojiza luz polvorienta que se filtra en el asombroso lugar. Con colores igualmente denomina a personajes como Negro, el trágico protagonista de *Me llamo Rojo* y Azul el revolucionario integrista de *Nieve*, quien tiene el pelo rojizo, como el de Recip el enano de *La Casa del Silencio*. En *Estambul* si bien los colores están presentes, predominan los olores ambientales.

Así se explicaría la *mise en scene* con arte a manera de contradicción, de artistas asesinos, ancianos maestros que se ciegan, la epidemia de jóvenes suicidas, fundamentalistas islámicos, y grotescas prácticas del poder enmarcadas en obras de teatro, libros de arte, y poesía. A la vez que activistas políticos se expresan con el arte callejero de los *graffittis*. Abrumador catálogo de pasiones humanas de celos, odios, envidias, y amores trágicos que a lo largo de los libros garantizan al lector estremecimiento anímico y sorpresa permanente.

En las obras comentadas la dinámica de la narración es sorprendente, por cuanto Pamuk direcciona la acción hacia un desenlace lógico, para cambiarlo en espectacular giro, que deja atónito a la vez que maravillado al lector, por su destreza en la construcción del clímax, el anticlímax, y el hilo conductor de la trama. A decir verdad, *Me llamo Rojo*, y *Nieve*. fueron las obras que más disfruté por tales cualidades, unidas a la percepción de cierto *déjà vu* relacionado con rasgos culturales turcos y colombianos típicos del subdesarrollo y por ende del realismo mágico. Además, por la congruencia de contenidos con *Las Mil y Una Noches*, inolvidable lectura de infancia como veremos.

Pamuk al mejor estilo surrealista se empeñó en impactar los sentidos con aromas, colores, y escenas fastidiosas por ejemplo, en la lenta descripción del bárbaro alfilerazo en cada ojo

del venerable ilustrador, siguiendo tradiciones de antiguos maestros que remite sin remedio a la escalofriante escena surreal del ojo cortado con cuchilla de *Perro Andaluz*, la película de Buñuel. Y en la obra del Nobel turco todo suena, el silencio se oye, el mundo susurra, los colores vibran, el sueño huele, y todo despide olor, este último también al mejor estilo de García Márquez, aunque también recuerda *El Perfume* de Süskin. Efectos que a la par con lo atmosférico, lo polvoriento, lo oscuro, las casas derruidas, y la melancolía sirven para construir el clima psicológico adecuado, más de amargura y pesadumbre, que de felicidad.

Pamuk al mejor estilo surrealista se empeñó en impactar los sentidos con aromas, colores, y escenas fastidiosas por ejemplo, en la lenta descripción del bárbaro alfilerazo en cada ojo del venerable ilustrador, siguiendo tradiciones de antiguos maestros que remite sin remedio a la escalofriante escena surreal del ojo cortado con cuchilla de *Perro Andaluz*, la película de Buñuel. Y en la obra del Nobel turco todo suena, el silencio se oye, el mundo susurra, los colores vibran, el sueño huele, y todo despide olor, este último también al mejor estilo de García Márquez, aunque también recuerda *El Perfume* de Süskin. Efectos que a la par con lo atmosférico, lo polvoriento, lo oscuro, las casas derruidas, y la melancolía sirven para construir el clima psicológico adecuado, más de amargura y pesadumbre, que de felicidad.

En *La Casa del Silencio*, *Estambul*, *Nieve*, y *Me llamo Rojo*, el ambiente siempre huele a algo por lo general no grato, como parte de la estructura de las novelas, a moho, a viejo, a "hojas podridas", o a muerto, en concordancia con el país de melancólicos que remite al realismo mágico garciamarquiano. Si bien, para, guardar la simetría de la contradicción con lo grato y la dicha, de vez en cuando, huele a dulce de membrillo, o de toronjas calientes que envuelve la estancia en deliciosa aroma, o la felicidad absoluta cuando el poeta literalmente "da a luz" un nuevo poema, y fueron muchos alumbramientos en *Nieve*, y los artistas gozan con su obras maestras en *Me llamo Rojo*; se disfruta del amor aunque en escasos momentos, y el Pamuk niño pinta fascinado en acto de catarsis mágica que también detalla en *Estambul*.

La cultura turca se encuentra inserta en una suerte de prodigiosa amalgama, a lo largo y ancho de la narración por su valor de eje- estructura de ficción realidad, o realidad que parece ficción. Y es en este aspecto donde más se percibe un *déjà vu* garciamarquiano en la construcción literaria de comportamientos sociales, políticos y situaciones insólitas, además de sentimientos como la melancolía, y la presencia fuera de lo normal de fenómenos atmosféricos como la sempiterna y agotadoras nieve, entre otros. Es en la obra conjunta del Nobel turco donde se revela que en su país también suceden cosas extraordinarias dentro del diario vivir, que Pamuk convierte en arte en prodigiosa narración literaria. Igual que lo hiciera el Nobel colombiano: particularidad y localismo que al parecer deslumbró de nuevo a los jurados del Premio Nobel 2006.

En este punto por su pertinencia aclaratoria entre lo verdadero y lo imaginado por el artista, conviene mencionar al escritor argentino Tomás Eloy Martínez, quien escribió al respecto: "La imaginación, cuando corrige la realidad, ilumina zonas que de otro modo serían inalcanzables. Con frecuencia, la imaginación suele también convertirse en historia y acaba siendo aceptada como la única, irrefutable verdad" (A propósito del papel del escritor y su imaginación. *El Espectador*, Opinión, 18-02-2007)

En esta forma, intrincados dramas se desarrollan generados por seres aquejados por una especie de monomanía, o bajo perfil psicológico, que el autor visibiliza como melancolía,

típico de la personalidad de sus coterráneos, debida a la pérdida del glorioso Imperio otomano (1453-1923). Rasgo que a su vez acerca los temas al realismo mágico, si se tiene en cuenta el extrañamiento que implica la existencia de un país de melancólicos que viven y mueren en olor de melancolía. En la obra del Nobel colombiano la gente muere de amor conforme a su vital talante caribeño, en contraste con la melancolía del Nobel turco evidente en todas su narrativa en particular en *Estambul*, donde trata de exorcizar tal demonio en algo más de cuatrocientas páginas, sin lograrlo. Por otra parte, la visibilización y racionalización de los realismos turcos los hace mutar en hilarantes por grotescos y extravagantes igual que en el colombiano.

Es así como pareciera tocarse la cultura turca con la colombiana en lo literario y en lo real, con el realismo que se creía propio de las *banana republics*, donde lo imposible es posible, y los desafueros (desmesuras dice el Nobel colombiano) están a la orden del día. Con otro punto, que no deja de preocupar, que ambos países exhiben una elite acomplejada frente a lo que significa el arte y la cultura de Occidente para los turcos, y frente a Europa -no toda- o Estados Unidos para los colombianos.

Pamuk insiste en sus obras, o no pierde la oportunidad de reiterar por medio de lo literario, la particularidad de las maneras sociales de los turcos, su decadencia y su anclaje en lo que fue y ya no es, su anomia y espíritu derrotista por la gloria perdida. Además de denunciar sus errores históricos y la ignorancia crónica que padece el pueblo turco, permeado por el extremismo islámico, y una democracia nominal que catapulta la mejor acción de las novelas, y como se anotó enmarcado en lo artístico para completar el cuadro de subdesarrollo " intelectual"...

En *Nieve*, el extraordinario capítulo quinto titulado "*Profesor, ¿puedo preguntarle algo?*" (pp. 52-61) el realismo llega al extremo con el retrato de la mejor factura del fanatismo político-religioso, que percute la acción. En la obra, se ve lo sorprendente, lo fuera de lo común y extraño, en la hiperrealista crueldad que a la vez que golpea hace reír. Similar al localismo, y parroquianismo garcíamarquiano entreverado con el surrealismo de Bretón.

En la misma novela, la puesta en escena de una obra de teatro que critica al gobierno se transforma en grotesco hiperrealismo al caer el actor en pleno escenario, en práctica de tiro poco ortodoxa, pero muy efectiva del gobierno. Acción que asombró a los espectadores por el "realismo del arte moderno". "Golpe de Teatro", titularon la noticia los diarios. Intrincada, polisémica, y extraordinaria narración con múltiples nudos y acciones en cadena. El sentido más simple, pone de relieve la endémica ignorancia sobre arte y derechos civiles de los habitantes de Kars el remoto pueblito turco. (Capítulo 43, pp. 456-472).

Por otra parte, uno y otro autor, encuentran tema literario en elementos atmosféricos como el agua de lluvia en el Nobel colombiano, y la nieve en el turco para construir climas psicológicos de pesadumbre, o mágicos. En *Cien años de soledad* una lluvia de diluvio hacía que los peces nadaran por las casas, igual que en el cuento "Monólogo de Isabel viendo llover en Macondo" en *Ojos de perro azul* y la eterna llovizna de *El General en su Laberinto*, alude a la pesadumbre por el héroe vencido, entre otros ejemplos.

En *Nieve*, el agua igual está representada pero en otro estado, en copos llenos de significados, "los copos más que caer a la tierra caen en la memoria y en el sueño" (pp. 107-114), nieve omnipresente, que enmarca y refuerza la sempiterna melancolía de los protagonista del libro. Y, tampoco faltan galleras y gallos en la del escritor turco, típicos

personajes de tierras atrasadas, colores protagonistas, y la pintoresca mujer que tiene la particular misión de llevar cartas, pero sólo de amor.

Lo mágico, además de lo bretoniano del sentido oculto, o segundo sentido, y lo onírico aparece en la novela *Me llamo Rojo*, en la tradición centenaria de los ilustradores: “la pintura no es lo que representa, sino lo que significa” y “la pintura ilustra no lo que ven los ojos, sino lo que ve la mente” (p. 386) sentencias lapidarias que introduce lo alucinante: las pinturas y dibujos de vegetales, animales y minerales hablan y reflexionan. “Personajes” que ilustrarán el libro secreto encargado por el sultán al Maestro pintor-editor, quien a pesar de su edad, funge de vanguardista con la ruptura de antiguos cánones artísticos. Innovación hereje según el Corán, y asunto que da pie para desarrollar la fascinante novela.

Y el impacto de su estilo narrativo continúa con muertos que filosofan sobre la vida y el morir: “*morir es tan cómodo como desprenderse de una estrecha camisa*”-que en alguna forma recuerdan el primer cuento del Nobel colombiano “La tercera resignación” y “Alguien desordena estas rosas”- y el homicida en trance de cometer su aleve labor, reza al Dios del Islam, y el surrealismo extremo de la truculenta boda en la alcoba en penumbra, con un padrino difunto, asesinado a golpes de tintero (en concordancia con su profesión de ilustrador) hacía dos días, y el olor-ambiente respectivo que los anfitriones se afanaban en disfrazar con sahumeros. Los invitados no parecieron notar el *exabrupto* por el deslumbramiento de la bella novia en traje rojo, y la promesa de la deliciosa cena de bodas. Espantable e hilarante escena de la mejor factura narrativa. *Me llamo Rojo* (pp. 278-282 y 330).

Y el lector del Nobel turco entre asombrado y horrorizado, participa del acto mágico -realismo mágico- de la antropomorfización de objetos parlantes, árboles que piensan, animales que razonan, olores sempiternos, colores protagonistas, muertos y agonizantes que cuentan con lujo de realismo descriptivo su espeluznante y teatral martirio; fanáticos islamistas que oran al ejecutar a su víctima con lento ritual de muerte; artistas asesinos que por contradicción “eran capaces de verter en la pintura la poesía del alma” *Me llamo Rojo* (pp. 32), maestros pintores que se ciegan -en García Márquez abunda la ceguera- en surrealista rito, artista viejos que consideran la ceguera como un don que permite pintar de memoria... Además, las jóvenes mujeres infectadas por una epidemia de suicidios, *Nieve* (pp. 24-25) no por su fidelidad al *charshaf* de la cabeza, sino por su infelicidad irredenta. Y lo absurdo en periodistas desterrados por un artículo que no escribieron, la joven aristócrata asesinada sin que supiera porqué, y periodistas que profetizan noticias con la “ayuda” de la Seguridad, que tiene escuchas por todos lados, y los teléfonos interceptados. *Nieve* (pp. 65 y 72).

Metalinguaje polisémico que es necesario descodificar lados (para entender semejante diversidad de “personajes” donde cada quien con rutilante actuación desnuda su mundo interior, angustias, miedos, odios, felicidad y por supuesto, con recuerdos, más amargos que gratos. Actores que Pamuk caracteriza con contundente adjetivo, anciano diabólico, editor astuto, Guardia corrupta, colega envidioso, enano misterioso, anciana desagradable, gobernante senil (porque dejó de interesarle la música, la poesía y la pintura) *Me llamo Rojo* (p. 72). Igual lo hace con objetos y pueblos, casa miserable, sala polvorienta, pueblo arruinado, entre otros muchos ejemplos. *La casa del Silencio, Me llamo Rojo, Nieve, y Estambul*.

Decía que percibí también una especie de *déjà vu* en *Me llamo Rojo* al recordar la lectura de *Las Mil y una Noches*, libro fascinante, -que también nutrió al Nobel colombiano en Cien

años de soledad y las alfombras voladoras de Melquíades- que en mi infancia releí sin cansancio a la vez, que observaba la maravillosa edición con páginas doradas que enmarcaban dibujos sin perspectiva, e iluminados con vibrantes colores. Similar a lo que Pamuk puso en boca de los ilustradores de la novela: “las láminas hacen dar vida al relato calígrafo, no se concibe el uno sin el otro, o, la iluminación es para alegrar la página” (p. 87). La descripción del contenido de la Sala del Tesoro del Sultán, llena de riquezas en total desorden, que en su mayor parte provenía de botines de guerra, conquistas, saqueos, incendios y de regalos de mandatarios en búsqueda alianzas, remitió al libro mencionado; sólo que en la rica y revuelta estancia Pamuk adicionó como invaluable joyas los antiguos libros, plagados de memoria, y elaborados por míticos ilustradores persas a quienes los otomanos denominaban “Maestros”; salón donde en la novela ocurrieron espeluznantes sucesos. La *mise en escene* del Nobel turco, evoca de inmediato la riqueza, desorden, e igual bandidaje de la Cueva de Alí Babá y los cuarenta ladrones.

Y Sherezada, con sus cuentos encadenados para salvar su vida, se hace visible -en otro episodio de la novela- con la imparable conversación del maestro editor del libro vanguardista, con el propósito de retardar su cruel y lento asesinato a manos de un resentido discípulo (pp. 232-233).

Valga la alusión para anotar que en *Me llamo Rojo*, se echa de menos, alguna lámina de los antiguos ilustradores de quienes aprendieron los artistas del Imperio otomano, pues sólo en la cubierta del libro aparece una ilustración con un personaje sólo que tiene fenotipo chino... Pobre muestra que no logra mitigar el anhelo de admirar el particular arte de los famosos artistas. A decir verdad, igual vacío -imagino que por los costos del color- observé en las ediciones de *Las Mil y una Noches*, que hoy en día ofrecen las librerías del país, donde se dispara el absurdo con una edición de lujo de gran formato y dos tomos, que aparece ilustrada pero con parte abstracto!

Rol femenino

En general los roles femeninos de excelente factura literaria con protagonismos de carácter, también dejan ver una mujer sumisa, y dependiente de padre, marido, cuñado, e hijos varones que no escapa a su destino, -en la novela algunas lo hacen- aunque en el amor sabe poner sus condiciones. El varón, parece esclavo de sus instintos, según se desprende de la historia de harenes y concubinas, desafore que pervive en la cultura islámica donde las mujeres deben cubrirse en la calle para evitar desatar su ataque sexual, *Nieve* (p. 59) sin que nadie considere la necesidad de educar el instinto de los niños para que se diferencie de los no racionales. *Me llamo Rojo*, *Nieve* y *La Casa del Silencio*.

En este punto vale la pena resaltar el autocontrol de los universitarios bogotanos a pesar del esfuerzo de las universitarias- de asistir a clases con ropa que evidentemente les queda “pequeña”, pues deja al descubierto un gran porcentaje de su anatomía, sin que nadie se preocupe por ilustrarlas de que a los claustros universitarios se va es a adquirir conocimiento para la vida futura y no a enviar “señales sexuales” como bien se conoce en los estudios de etología.

Ester la pintoresca y gorda buhonera que vende telas y sedas finas a voz en cuello, cumple la encantadora labor de llevar y traer las cartas de amor de los enamorados contrariados, no sabe leer pero se las arregla, “al mirar sus caras sé cómo va la relación” también este personaje que igual tiene voz y acción en el relato, en algo recuerda al novelista colombiano.

Me llamo Rojo (pp. 56, 119, 181, 330, 466). Y, en *La Casa del silencio* la joven protagonista de alta clase social pero de ideología comunista en teoría, cae atacada por un joven activista de tendencia política y condición social contraria, sin que nadie se preocupara por castigar el crimen, ni siquiera sus hermanos varones. Algún dejo del rol femenino frente al masculino turco, deja entrever semejante desenlace de la novela.

En *Nieve* (Cap. 44 p. 473) se observa inequidad similar cuando son juzgados los participantes en el denominado "Golpe de Teatro" y la actriz es condenada a "tres años y un día de cárcel" de los cuales cumple dos; los hombres, militares de la Guardia, también son condenados a varios años de cárcel, si bien, a los pocos meses salieron por amnistía general... Situaciones que recuerdan al Nobel colombiano.

En la misma novela una racha de jóvenes mujeres suicidas protesta según el partido Integrista de La Prosperidad por querer conservar una tradición emanada del Corán, que chocaba con la autoritaria Turquía republicana. Sin embargo, el desproporcionado hecho tiene un segundo y oculto significado, porque lo hacen es para escapar de la infelicidad de la dependencia masculina, que corrobora una de las protagonistas al afirmar que en Kars los hombres no temen la inteligencia de las mujeres, sino a que sean independientes.

En *Nieve*, *Estambul* y *La Casa del Silencio*, las mujeres son descritas con tal belleza, que buscando un referente entre las bellas de la historia, no se encuentra parangón, tal vez, la bella reina egipcia Nefertiti, de la Dinastía XVI, con su hermoso cuello largo, y figura alta delgada, y armoniosa, podría parecerse a las idealizadas por el autor con *Seküre*, *Ipek* y *Kadife*. En *Estambul*, la madre del autor la describe hermosa, pero no tanto, mostrándola en varias fotografías con vestido y actitud de laica occidentalizada. Lo contrario ocurre con las ancianas siempre feas, desagradables y autoritarias.

Llama la atención que en las obras tiene particular relevancia la belleza física de los personajes masculinos y los efebos, jóvenes de "hermosos ojos y cuerpos", quienes siempre son mencionados con el respectivo adjetivo alusivo a su atractivo físico y sin igual compañía. *Me llamo Rojo*. Los hermosos ojos azules del apuesto líder de *Nieve*, motivaron su sobrenombre de "Azul". (p 267).

En general la obra de Pamuk no se presta al encasillamiento ni a los "ismos" literarios, por su eclecticismo al tomar lo que le impacta tanto de corrientes artísticas y literarias, como de su entorno cultural-anímico, lo atmosférico, lo político y lo social, para reelaborarlo a su arbitrio. En la narración logra entonces, mixturas en donde convergen el realismo mágico, el surrealismo, el hiperrealismo, lo absurdo, y el arte simbólico que remite a profundos conceptos filosóficos del poder político, "los objetos (pintados) representan riquezas interiores de alegrías y miedos del mundo que gobierna el sultán" o de sensibilidad del artista, "La pintura es silencio para la mente, y música para los ojos" en *Me llamo Rojo* (pp 43 y 86).

Respecto a la obra narrativa del Nobel turco en general, es amena, culta, y de fácil prosa, además atrapa al lector con capítulos cortos que le crean la ilusión de avanzar con rapidez al encuentro de los sorprendentes acontecimientos. Con similar propósito emplea la estrategia de prescindir del narrador poniendo a los personajes a hablar de sí mismos en impactante polifonía e intensos monólogos interiores, a la manera de Joyce, con enorme tensión psicológica, que a veces convierte en diálogo con los lectores -asume que son muchos- para hacerlos partícipes de su razón de existir, su quehacer artístico y su lógica de vida muchas veces perversa.

Es entendible que la narrativa del Nobel turco a la vez compleja y simple pero fluida, con nítidos matices de realismo mágico, con lenguaje diferente en cada obra, y coherente en sus ejes temáticos cautivaría a la Academia Sueca igual a como lo hiciera con el colombiano ya hace veinticinco años por su prosa deslumbrante, exuberante creatividad y apego a su cultura.